

Virgilio en Nápoles

Quizás pueda sorprender esta presencia mía en una conmemoración del bimilenario de Virgilio, no siendo yo especialista en la materia ni latinista de profesión. Pero si necesitara justificaciones mi participación en este homenaje al gran poeta latino y no lo fuera mi ya remota formación clásica universitaria, séalo nuestro común enraizamiento (de Virgilio y mío) en una amada ciudad italiana, Nápoles, de la que, lo mismo que él, puedo también yo decir: *me dulcis alebat Parthenope* (*Georg.*, 4, 563-64); bien entendido, claro está, que el alimento que ambos recibimos, durante largos años, de aquella generosa madre ocasional no fue sólo de pan material.

De la larga y fecunda estancia de Virgilio en Nápoles, y de lo que aquella vivencia napolitana pudo representar en la obra del poeta mantuano, voy a ocuparme brevemente en esta conferencia. Hablará a continuación, más elocuentemente que yo, la visión (a través de algunas diapositivas) de los lugares que sirvieron de escenario a varios de los episodios más conocidos de su gran poema, la *Eneida*.

Convendrá recordar de paso que la formación filosófica y literaria de Virgilio se realizó principalmente en Nápoles, a donde parece que llegó muy joven, el año 48 antes de Cristo, cuando él contaba sólo veintidós.

Las razones de aquel su primer viaje y primera estancia en dicha ciudad, prolongada durante cinco años, son fáciles de comprender si tenemos presente que, a partir de la época en que Lucio Sila había conquistado (80 a.C.) la ciudad de Pompeya y otras del golfo de Nápoles, incorporándolas definitivamente al poderío romano¹, aque-

1 A. Maiuri, *Pompeya*, 8 ed., (Roma 1961) p. 4.

llas poblaciones se habían convertido, por la benignidad de su clima, por la fertilidad de su suelo (*Campania felix* se llamaba ponderativamente a esa región), por la belleza única de sus paisajes, por sus seguros y prósperos puertos, por sus soleadas playas y por sus muchos y renombrados balnearios, en poderosos centros de atracción para aristócratas y comerciantes enriquecidos, para artistas y políticos, para escritores y filósofos y, en fin, para todo el que pudiera permitirse el lujo supremo del ocio, que la literatura del tiempo recomendaba como noble ejercicio espiritual, complemento del relajamiento físico, y que, como escribía Ovidio, Nápoles ofrecía mejor que ninguna otra ciudad: *in otia natam Parthenopen* (*Metam.*, 15, 711-712).

Durante su ocio napolitano, que él modestamente califica de «humilde» («*studiis florentem ignobilis oti*», *Georg.* 4, 564), pudo Virgilio frecuentar las escuelas literarias y filosóficas más en boga entonces, las cuales influyeron notablemente en su formación intelectual y en la orientación de sus gustos literarios. Entre las primeras, la escuela neotérica o de los *poetae novi*, como se les llamaba, cultivadores de los más refinados recursos expresivos, aprendidos del helenismo alejandrino. Entre las segundas, entre las escuelas filosóficas, parece que fue asiduo, en un primer momento, de la epicúrea, a cuyo frente estaba entonces en Nápoles, Sirón, discípulo de Filodemo; y, sobre todo, parece que fue asiduo frecuentador de la escuela neopitagórica, que tan honda huella dejaría en él con sus doctrinas misteriosóficas y sus prácticas esotéricas².

La muerte de su padre, el año 42 a.C., cuando el poeta contaba 28 años, le obligó a dejar momentáneamente Nápoles para volver a su Mantua natal. Aquel reencuentro con los paisajes de su infancia fue sin duda el estímulo inspirador de su inmediato quehacer poético, la composición de las *Bucólicas*, en las que, a través de un anecdotario artificiosamente pastoril, palpita un hondo sentimiento de la naturaleza campestre.

Aunque el tema pastoril tuviera ilustres antecedentes en la literatura griega, y, de manera particular, en la

2 Santiago Dotor, *Virgilio* (Madrid 1966) pp. 15-16.

obra del poeta siracusano Teócrito³, Virgilio, que se jactaba con razón de haber sido el primer poeta latino en cultivarlo (*Georg.* 3, 11-13 y 292 ss.), introducía en él novedades muy peculiares que, con el pasar de los siglos, hallarían hondo arraigo en las literaturas romances; entre ellas, ese eco ensoñador de una nostalgia que idealiza los paisajes y los acontecimientos y que idealiza también a los pastores, protagonistas de esos mínimos acontecimientos: unos pastores que, moradores de una imaginada e irreal Arcadia, actúan también ellos abstraídos de su auténtica realidad social, de manera que, como más elegantemente diría de ellos, siglos más tarde, el gran Lope de Vega (remoto y ocasional imitador, también él, de Virgilio a través de Sannazaro) «no son tan bárbaros que alguna vez no se suban de pastores a cortesanos y de rústicos a filósofos»⁴.

De todos modos, como ya he apuntado, el paisaje que subyace bajo la ficción arcádica de Virgilio no es la luminosa campiña napolitana sino las verdes praderas norteñas de su Mantua natal⁵.

Aparece en cambio, a veces, el paisaje napolitano en la otra serie de poemas, las *Geórgicas*, igualmente de tema campestre, pero de inspiración completamente distinta y de intención didascálica, practicista, aunque también en ellas tenga cabida, además del habitual profundo sentido de la naturaleza, la intervención de la fantasía e incluso el componente mágico.

En Nápoles también, compuso Virgilio buena parte de su obra poética de mayor empeño artístico, la *Eneida*. A ella, y más concretamente al libro 6 de la misma, voy a referirme ahora, dada la determinante presencia que tiene en ese libro un característico paisaje napolitano, el de los llamados *Campi flegrei*, o campos de fuego.

Los *Campi flegrei*, contiguos a Nápoles, y a los que se accede desde esta ciudad a través de un túnel que perfora la celeberrima colina de Posillipo, comprenden la

3 Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, 2 ed. (México-Madrid-Buenos Aires 1976) pp. 625-26, 646.

4 Lope de Vega, 'Prólogo', a su *Arcadia*.

5 iMiguel Dolç 'Sobre la Arcadia de Virgilio', *Estudios Clásicos*, 4 (1958) p. 254.

parte occidental del golfo napolitano. Su evidente naturaleza volcánica, con algunos cráteres parcialmente activos todavía, justifican plenamente, también ahora, esa antigua denominación.

A pesar de la densa y bulliciosa población costera de esos campos, de la importante industria siderúrgica en ellos asentada, y de la multitudinaria invasión de sus playas durante el verano, los antiguos *Campi flegrei* conservan aun hoy día casi intacto todo su peculiar e inquietante misterio, subrayado por la misma exuberante vegetación, las fumarolas de sus viejos volcanes, sus lagos solitarios, de origen volcánico también ellos, y las poderosas ruinas de muchos monumentos antiguos, que afloran por todas partes. Psicológicamente contribuye a subrayar esa misma impresión de misterio el hecho de saber que se camina sobre un terreno eminentemente inquieto, pues, aparte los antedichos volcanes parcialmente activos, el fenómeno del bradisismo, o basculación de las tierras, es allí muy notable. A causa de él, muchos lugares que fueron celebrados en otros tiempos por los poetas latinos se hallan hoy total o parcialmente sumergidos en las aguas del mar. Y, a causa de él, puede aún verse cómo esas mismas aguas del mar han invadido, y luego se han retirado, y ahora vuelven a invadir, el llamado templo de Serapis en Pozzuoli (en realidad, un *macellum* o mercado romano) y cómo, por el contrario, en la misma Pozzuoli, una repentina sobre-elevación de la tierra provocó, hace aún pocos años, alarmantes resquebrajamientos en numerosos edificios.

De ese paisaje napolitano de los *Campi flegrei*, la atención de Virgilio se centró especialmente en dos lugares: Cumas y el lago Averno. En ellos se localizan los más importantes acontecimientos narrados en el antedicho libro 6 de la *Eneida*.

Por esos lugares vaga, abrumado de preocupaciones, el héroe troyano, desembarcado ya, finalmente, en tierra firme italiana, pero temeroso aún de su suerte inmediata y de la suerte futura del pueblo que habrá de fundar en ella. Por si tampoco allí se le presentaran propicios los acontecimientos, ha tomado una elemental medida de precaución: ha dispuesto que, contra lo que suele ser normal,

sus naves, ancladas en la desierta playa, queden con las proas orientadas hacia el mar. Ello facilitaría la huida en caso de necesidad.

De hecho, todo allí se le presentaba amenazador a Eneas. A pocos pasos de la playa se alzaba, cerrando el paso, la mole amurallada de la acrópolis cumana, sobre la que destacaba la poderosa silueta de un gran templo. Luego sabría Eneas que se trataba del templo de Apolo, deidad que presidía todos aquellos misteriosos lugares. Sabría también que aquel templo había sido construido por Dédalo, fugitivo de Creta, el cual había querido consagrar allí a la divinidad solar *el remaje* (es expresión de Virgilio: *Eneida*, 6, 19) de sus postizas y salvadoras alas.

Al pie mismo de la acrópolis estaba la hosca mansión de la sibila cumana, cuya siempre huraña voluntad tendría que ganarse Eneas para poder visitar la región de los muertos. Y esa visita era imprescindible hacerla antes de acometer la alta empresa a la que los dioses lo habían destinado, es decir, la fundación de la futura Roma. Así se lo había avisado ya su compatriota Heleno, a quien había reencontrado refugiado en el Epiro (*Eneida*, 3, 441-460), y así se lo había advertido igualmente más tarde, durante un sueño, la sombra fúnebre de su propio padre Anquises (*Eneida*, 5, 731-33).

La entrada a esa misteriosa región de los muertos la encontraría Eneas muy cerca también de Cumas. Se hallaba junto al lago Averno que, según viejas tradiciones, estaba formado precisamente por un desbordamiento del infernal río Aqueronte⁶. Por eso, el nombre mismo de *Averno* venía a ser entonces sinónimo de infierno: *Facilis descensus Averno; / Noctes atque dies patet atra ianua Ditis* (*Eneida*, 6, 126-27). Y tan hondamente arraigó esa creencia, que también la posterior tradición cristiana continuaría llamando *averno* al infierno.

Es el mismo Virgilio quien, a través de la etimología, nos da una explicación de tipo naturalista acerca del porqué de ese nombre y de esa creencia. Los griegos —dice— llamaron así a ese lago *A-ornon* (*Averno*), esto es *sin aves*, porque habían observado que, efectivamente, no podían

6 *Eneida*, 7, 90-91, par Paul Lejay (Paris 1947) y nota 4 en p. 571.

volar sobre él los pájaros. Los que se aventuraban a hacerlo caían desvanecidos por los gases irrespirables que, desde él, se elevaban al cielo (*Eneida*, 6, 237-42); y perecían en sus negras aguas. El hedor que se desprendía de «las fauces del fétido Averno», como dice el poeta en otro lugar («fauces graveolentis Averno»; *Eneida*, 6, 201), era no sólo pestilente sino mortífero. Era el aliento de la horrenda diosa subterránea Mefite.

La presencia de tales vapores *mefíticos* en el lago Averno tiene también una explicación perfectamente natural, si consideramos el origen volcánico del mismo, y que incluso ahora se dan algunas emanaciones tóxicas de ese tipo en los mismos *Campi flegrei*, como, por ejemplo, en la famosa «gruta del perro» en Agnano⁷.

Por lo que se refiere al lago Averno, actualmente sí que pueden volar sobre él los pájaros y guarecerse las ánades entre los cañaverales de sus tranquilas aguas. Alguno de los muchos seísmos que han sacudido esas tierras a lo largo de los siglos debió de cegar los naturales conductos por donde se exhalaban aquellos gases, y el lago se vio libre de su característica hediondez.

Particularmente intensas y espectaculares fueron las convulsiones sísmicas que, en septiembre del año 1538, siendo virrey de Nápoles el salmantino don Pedro Alvarez de Toledo (de Alba de Tormes), sembró el espanto en toda la región durante tres días seguidos, al cabo de los cuales pudo verse cómo, a la orilla misma de los lagos Lucrino y Averno, había surgido un monte de considerable altura, que la gente continúa llamando todavía el *Monte nuevo*.

Todas estas titánicas manifestaciones de las fuerzas misteriosas de la naturaleza que, desde los tiempos más remotos, se repetían con mayor o menor frecuencia en aquellos lugares, habían contribuido a aureolar de religioso misterioso aquel lago Averno y su entorno.

Pero, precisamente por los años en que Virgilio se hallaba en Nápoles, la zona del Averno estaba sufriendo una profunda transformación. Octavio Augusto, que el año 38 a.C. había sido derrotado en aguas de Cumas y en el estrecho de Messina por su rival Sexto Pompeyo, necesitaba

7 Gino Doria, *Guida di Napoli e dintorni* (Napoli 1950) p. 102.

urgentemente naves para poder hacer frente a la poderosa flota de su enemigo; y encargó a su almirante (y futuro yerno) Agripa que se las construyera sin pérdida de tiempo y con el mayor sigilo, a fin de poder sorprender a su rival.

El lago Averno era el sitio ideal para improvisar un escondido astillero. Los montes que lo rodean contribuirían a burlar fácilmente la vigilancia de Pompeyo; y los bosques abundantes que allí crecían proporcionarían, al alcance de la mano, todo el maderamen necesario para la construcción de las naves. Un breve canal que, rozando la orilla del cercano lago Lucrino, desembocaría junto al recién construido *Portus Iulius*, entre Bayas y Pozzuoli, permitiría el rápido transporte de las naves hasta el mar.

Para lograr también una secreta y eficaz comunicación del Averno con la fortaleza de Cumas, que estaba entonces en poder de Octavio Augusto, ordenó Agripa al ingeniero Coceyo que abriera una galería subterránea bajo los cerros que separan ambos puntos.

Completando genialmente aquel meticuloso plan estratégico, el mismo Agripa hizo vaciar, en las cercanías del cabo Miseno, un cerro que dominaba la pequeña ensenada llamada *Mar muerto*, donde quedarían fondeadas las naves. Y en aquel vaciado montículo construyó una imponente cisterna de 70 metros de largo por 25,50 de ancho y 15 de altura, semejante a un subterráneo templo de cinco naves, cuidadosamente revestido en su interior por una gruesa capa impermeable de *signinum*, hecha de cemento y ladrillo machacado. Con razón llama ahora la gente *Piscina mirabile* a aquel inmenso aljibe, capaz de almacenar 12.600 metros cúbicos de agua para el suministro de aquellas naves y de toda la base naval del Miseno⁸.

Recordemos de paso que todas aquellas grandiosas y costosísimas realizaciones no fueron inútiles. Gracias a ellas pudo Octavio vencer el año 36 a.C. a Pompeyo en Naulocos y, más tarde, el año 31 a.C., a las naves de Marco Antonio y de Cleopatra en Actium.

Volviendo al lago Averno, Estrabón, que probablemente

8 A. Maiuri, *I campi flegrei* (Roma 1934) pp. 84-87.

tuvo también ocasión de presenciar, a su paso por Nápoles, las antedichas realizaciones, nos refiere cómo era aquel lago antes de que tales obras se llevaran a efecto. Un impenetrable bosque de altísimos árboles recubría sus escarpadas laderas todo alrededor, excepto por el punto de acceso al mismo. Las gentes del lugar decían que sobre las aguas del lago no podían volar los pájaros, como si aquel lago fuera la boca del infierno. En honor del dios infernal Plutón, llamaban a aquel sitio *Plutonium*. Para poder acercarse a él era necesario el acompañamiento de algún sacerdote, que hiciera los oportunos sacrificios propiciatorios. Apolo, dios de los oráculos, tenía también un santuario a la orilla de aquel lago. Pero, recientemente, Agripa había mandado talar aquellos bosques y había hecho abrir una galería subterránea que pusiera en comunicación el lago Averno con la fortaleza de Cumas. El arquitecto Coceyo había sido el realizador de esa galería subterránea, así como de la otra que, por debajo de la colina de Posillipo, comunicaba Nápoles con Dicearchia, es decir, con la moderna Pozzuoli ⁹.

Al sensible Virgilio, tan amante de la naturaleza y que, de manera especial, tan hondamente solía vibrar ante la misteriosa y sonora sugestión de los bosques, aquella utilitaria transformación del paisaje del Averno debió de parecerle una penosa profanación. En un bellissimo verso de sus *Bucólicas* (10, 8) había proclamado que los árboles también saben sentir y que, cuando un poeta los invoca en su canto, ellos le responden siempre: *Non canimus surdis, respondent omnia silvae*. Ahora acababa de realizarse una inmensa hecatombe de árboles, ante sus mismos ojos, y al poeta no podía menos de dolerle profundamente. Pero, obviamente, no podía manifestarlo así, dado que eran precisamente sus poderosos amigos y protectores quienes habían dispuesto todo aquello.

Antes bien, en el libro 2 de las *Geórgicas*, había cedido al adulator impulso de celebrar encomiásticamente la susodicha comunicación del lago Averno con el mar, por más que esa comunicación representara la culminación de to-

⁹ Strabon, *Géographie*, 5, 4, 5, texte établi et traduit par Germaine Aujac (Paris 1967) Tome 3, pp. 106-8.

das las antedichas realizaciones: «¿Es preciso que recuerde el puerto y el dique que se han construido junto al lago Lucrino y cómo el mar se ve obligado a revolverse con grandes bramidos allí donde, refrenados sus embates, resuenan a los lejos las ondas julias y el oleaje del Tirreno penetra hasta las aguas mismas del Averno?» (*Georg.* 2, 161-64).

Pero ahora, en el libro 6 de la *Eneida*, la ficción poética le permitía entonar la elegía de aquellos desaparecidos bosques. Mediante el recurso artístico, frecuente en él, de las transposiciones geográficas o cronológicas, lo que hace es retrotraer a los días de Eneas los hechos actuales. La tala de árboles que los compañeros de éste realizan en aquellos mismos parajes para preparar la gigantesca pira en que habrá de ser quemado el cadáver del infortunado Miseno tiene todas las apariencias de ser la misma tala que el poeta acaba de presenciar y que nos describe de esta manera: «Se dirigen a una antigua selva, guarida impenetrable de las fieras. Caen derribados los pinos, resuenan, heridos por el hacha, la encina y los troncos de los fresnos; rasgan las cuñas el hendible roble y ruedan monte abajo los gigantescos olmos». (*Eneida*, 6, 179-82).

En cuanto al túnel que allí mismo acaba de abrir Coceyo para comunicación con Cumas, Virgilio lo que hace es incorporarlo igualmente al misterio legendario de aquellos lugares, mitificándolo también y convirtiéndolo en el tenebroso sendero que llevaba a los infiernos. Por él avanzarán Eneas y la Sibila, alejados ya del mundo de los vivos y tan compenetrados con el pavoroso misterio de aquel camino, que la noche acaba por traspasarlos con su oscuridad, al mismo tiempo que hace suya la soledad de los viandantes: «*Ibant oscuri sola sub nocte per umbram*» (*Eneida*, 6, 268).

Cerrando hacia el noroeste el golfo de Nápoles está el antedicho cabo Miseno. Virgilio, en estupenda pincelada impresionista, lo llama «aéreo monte» porque, efectivamente, visto a lo lejos, al fondo de una serie de montículos más bajos y entre la frecuente calima, parece a veces flotar en el aire. En el mismo libro 6 de la *Eneida* cuenta el poeta cómo se dio a aquel promontorio este nombre por haber

sido sepultado al pie del mismo el fiel trompetero de Eneas, Miseno, hijo de Eolo, periculado miseramente en el mar cuando ya se acercaban a aquellas anheladas costas italianas:

«monte sub aërio, qui nunc Misenus ab illo
dicitur aeternumque tenet per saecula nomen» (Eneida, 6, 234-35)

En cuanto a la fortaleza de Cumas, Virgilio la describe al comienzo del repetido libro 6 de la *Eneida* y llama «euboicas» a las rocas en que dicha fortaleza se asienta. Efectivamente, fueron colonos de la ciudad de Calcis, en la isla de Eubea, los primeros griegos que se establecieron en ella. Desde Cumas, su alfabeto, el alfabeto calcídico, se extendería luego a las demás poblaciones itálicas de la región.

Pero aquel asentamiento griego en Cumas tuvo lugar en el siglo 8 antes de Cristo¹⁰ y, por tanto, varios siglos después de que Eneas y sus compañeros, supervivientes de la destrucción de Troya, llegaran allí. Si, según la tradición homérica, el incendio y destrucción de Troya tuvo lugar hacia el año 1200 a.C., es claro que los fugitivos troyanos no pudieron encontrar, al desembarcar en la tierra firme italiana, aquella fortaleza construida por los griegos cuatro siglos más tarde. Pero, evidentemente, Virgilio no se propuso en su *Eneida* escribir una obra rigurosamente histórica; y, retrollevando la fundación de Cumas a una época anterior a Eneas, pudo presentar a éste visitando aquella misma poderosa acrópolis que, mientras el poeta componía su epopeya, estaba Augusto fortificando de nuevo, como ya hemos dicho. Los restos de la misma debieron de impresionar fuertemente en su día al Gran Capitán, primer virrey español de Nápoles, que quiso visitarlas, al igual que los demás monumentos antiguos de la zona flegrea, en compañía del poeta Jacopo Sannazaro¹¹. Impresionan igualmente por su grandiosidad al viajero actual. Sannazaro las cantó en una bella elegía latina: *Ad ruinas Cumarum*, en la que vibra ya plenamente

10 A. Maiuri, 'Itinerarium Phlegraeum', en *Saggi di varia antichità* (Venezia 1954) p. 129.

11 B. Croce, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, 4 ed. (Bari 1949) pp. 125-26.

esa novedosa sensibilidad poética (novedosa a principios del siglo 16), que llamamos el sentimiento de las ruinas.

Los griegos, que habían revestido con robustos muros de piedra los recortados paredones de la acrópolis cumana, aumentaron las defensas de la misma hendiendo la toba rocosa del pequeño cerro que hay a su pie mediante una profunda galería de línea trapezoidal, como los pasillos de los mausoleos reales de Creta, de Argos y de Micenas. A lo largo de ella abrieron en el costado del cerro diversos tragaluces que, al mismo tiempo que la iluminaban, podían servir como saeteras contra eventuales enemigos que llegaran desde el mar. Una ingeniosa red de canalillos, excavados en la roca misma, recogía el agua de lluvia que, desde la superficie del cerro, iba a depositarse en tres grandes cisternas, construidas en el interior de la gruta misma.

En un segundo momento, aquella gruta-trinchera, perdido su primitivo carácter estratégico, pasaría a ser la famosa gruta de la Sibila cumana, vinculada al culto del dios Apolo. Y aquellas amplias saeteras, abiertas en la misma lo largo de la ladera que mira hacia el mar, serían las hiperbólicas cien puertas (*aditus centum, ostia centum, Eneida, 6, 43*), a través de las cuales, dice Virgilio, podía oírse desde el exterior, curiosamente multiplicada y amplificada, la voz de la Sibila cuando pronunciaba sus oráculos.

He aludido a la decadencia político-militar de Cumas. Su poderío se había extendido desde muy pronto a lo largo de todo el golfo partenopeo. Pero precisamente una de sus más prósperas fundaciones, la que ellos llamaron «la Nueva Ciudad», Nápoles, se convertiría enseguida en su mayor rival. Hacia el puerto de ésta, más seguro que el de Cumas, se fue desplazando poco a poco todo el tráfico marítimo de la zona. Y, aunque todavía pudiera dar Cumas pruebas de su pujanza militar en la gran victoria naval que consiguió el año 474 a.C., aliada con Siracusa, contra los Etruscos, su inevitable decadencia se fue acentuando progresivamente. Aumentaba, en cambio, su fama como lugar favorecido por Apolo, como el lugar de su más prestigiosa Sibila. Así era cuando la visitó Virgilio. Y sabido

es que, al igual que ocurrió con el Averno, el prestigio de aquella Sibila cumana tuvo amplio y duradero eco incluso en los poetas cristianos. A principios del siglo 13, el fraile abrucés Tommaso da Celano, compañero y primer biógrafo de Francisco de Asís, la presentaba junto al profeta David, en su estremecedor himno del *Dies irae*, como testigos ambos del cataclismo final que reducirá este mundo a cenizas: *teste David cum Sibilla*. Miguel Angel, por su parte, haría también sitio a esta Sibila en la Capilla Sixtina, al igual que a los profetas de la antigüedad bíblica.

La nueva importancia estratégica que volvió a adquirir la fortaleza de Cumas con motivo de las luchas entre Octavio Augusto y Sexto Pompeyo fue efímera. Tampoco logró salvarla de su fatal decadencia, a finales del siglo 1 d.C., la apertura de la Vía Domitiana que, empalmando con la Vía Apia, ponía a Cumas en comunicación con Roma.

A causa del sucesivo abandono en que cayeron aquellos lugares, alguna de las primeras comunidades cristianas de la Campania pudo encontrar alojamiento cómodo y seguro en lo que había sido el antro de la Sibila. Luego, las invasiones bárbaras, la malaria y la insalubridad de los terrenos, determinada por el estancamiento de las aguas a causa del antedicho fenómeno del bradisismo, determinaron la despoblación y el abandono de aquellos lugares.

A la entrada de la gruta de la Sibila alguien construyó un humilde horno rural, que, obstruyendo el acceso a la misma, hizo que, con el pasar de los siglos, se perdiera totalmente la noción de su exacta localización. Y como, en cambio, el recuerdo de la Sibila perdurara siempre, acabó llamándose gruta de la Sibila (y todavía hoy se la llama así) a otra de las que hay a la orilla del Averno. Pero las obras de excavación llevadas a cabo, durante los años 1924 a 1932, en el recinto fortificado de Cumas volvieron a dejar al descubierto el que había sido el verdadero santuario de la Sibila, tal como lo había descrito Virgilio.

Al margen de todas estas vicisitudes y por encima de todos esos seculares olvidos, la memoria del poeta de Mantua permaneció tenazmente vinculada a Nápoles durante

toda la Edad Media; y esa vinculación se mantiene hasta nuestros días, no sólo por haber cantado en su inmortal poema todos esos lugares napolitanos sino por haber sido sepultado allí cuando, muerto en Bríndisi el año 19 a.C., a su regreso de Grecia, sus restos fueron trasladados a la ciudad de su predilección. Fue sepultado al borde de la Vía que llevaba de Nápoles a Pozzuoli. Como lugar de su sepultura se ha venerado siempre una tumba del siglo primero a.C., que se ve al pie de la colina de Posillipo, junto a la entrada de la gruta o túnel que, perforando dicha colina, fue abierta por los griegos, ampliada en un segundo momento por Coceyo y hecha más cómoda y segura luego, en el siglo 16, por el virrey don Pedro de Toledo. Habiéndose rebajado el nivel de la primitiva vía de acceso, dicha supuesta tumba de Virgilio aparece ahora notablemente sobreelevada, al fondo del pequeño y sugestivo parque de laureles que se han plantado junto a ella. A su entrada puede leerse la famosa inscripción que resume toda la peripecia biográfica y poética del supremo vate latino:

«Mantua me genuit, Calabri rapuere, tenet nunc
Parthenope. Cecini pasqua, rura, duces».

Próxima a la tumba de Virgilio se halla también la del poeta Jacopo Sannazaro que, en su *Arcadia*, quiso dar nueva vida al mundo pastoril imaginado por Virgilio. El último rey de la dinastía aragonesa en Nápoles, Federico I, le había regalado una deliciosa finca en las afueras de Nápoles, en la zona llamada Mergellina, a la orilla del mar y al pie también de la amena colina de Posillipo. En dicha finca el poeta napolitano, autor de un poema latino *De partu Virginis*, había hecho construir una iglesia bajo la misma advocación de Santa María del Parto. En ella deseaba ser enterrado, y en ella puede, efectivamente, verse todavía su grandiosa tumba. La inscripción fúnebre la dictó su amigo Pietro Bembo que, en bello latín, expresa cómo el que tan próximo había estado a Virgilio, en su amor y en sus obras durante toda la vida, bien merecía el honor de reposar cerca de Virgilio después de la muerte.

En el mismo solitario parquecillo puede verse el sobrio

monumento erigido a la memoria de Giacomo Leopardi el año 1937, en ocasión del traslado de sus restos a Nápoles desde la aldea vesubiana (ahora *Villa Leopardi*), en que había muerto cien años antes.

Pero no sólo entre los poetas y los eruditos el nombre de Virgilio va espontáneamente vinculado al de Nápoles. En la fantasía popular napolitana, como había ocurrido durante toda la Edad Media, Virgilio continúa siendo un mago prodigioso. Por recordar sólo alguno de sus portentos, a él se atribuye la leyenda del huevo encantado, que habría dado el nombre al famoso *Castel dell'Ovo*, que surge en una isleta contigua a la ciudad, en los que fueron en otros tiempos los famosos jardines luculianos¹².

FELIX FERNANDEZ MURGA
Universidad de Salamanca

12 Vincenzo Dattilo, *Castel dell'Ovo* (Napoli 1956) pp. 1-20.